

BIBLIOGRAFIA

TORRELLAS BARCELONA, BENITO: *La Santísima Virgen en la provincia de Huesca*. Huesca, 1956. 180 págs.

El docto canónigo de nuestra Catedral don Benito Torrellas ha publicado con el título que encabeza esta recensión un trabajo que le fue premiado en el certamen literario y artístico en honor de Nuestra Señora de la Alegría, de Monzón. Este trabajo se ajusta al tema quinto del concurso, que rezaba así: «Monografía de los santuarios marianos de la provincia de Huesca». El tema, como se ve, era muy amplio, quizá excesivamente amplio, y exigía una labor de síntesis no siempre fácil de desarrollar. El autor ha sabido vencer las dificultades ofreciendo una visión muy exacta de los santuarios marianos de la provincia.

Comienza el trabajo con un proemio en el que da cuenta de las razones que le han movido a publicarlo y sigue una interesantísima relación general de advocaciones de pueblos, montes, campos, términos, etc. Un apartado está dedicado al orden cronológico de estas advocaciones, intento muy interesante que, claro está, no puede, sin embargo, alcanzar una exacta precisión, dada la falta de buenos estudios monográficos previos, indispensables para la labor de síntesis. De gran utilidad es la lista que inserta de advocaciones marianas por orden alfabético, lista casi exhaustiva que constituye un excelente trabajo.

El capítulo más extenso lo ocupa una serie de breves descripciones acerca de los principales santuarios marianos. Estos pequeños estudios los podemos dividir en dos grupos: descripción de santuarios ya conocidos, en los que el autor ha realizado una labor de selección y síntesis, y descripciones inéditas, fruto de la investigación del propio autor. Naturalmente, este último grupo es el más interesante, pues contiene nuevas noticias, abarcando imágenes modernas y algunas de más antigüedad; así Nuestra Señora de la Esperanza, María Auxiliadora, las vírgenes del Pilar y de Lourdes, etc.

Para redactar los apartados del primer grupo, el autor se ha valido principalmente de los conocidos estudios del P. Huesca y del P. Faci. Es de notar, en este aspecto, que la bibliografía utilizada es exclusivamente o casi exclusivamente de autores eclesiásticos, lo que le ha impedido aprovechar el fruto de la investigación de algunos historiadores modernos (Serrano, Pano, Del Arco, etc.)

El trabajo, redactado en un estilo claro y ameno, demuestra el amor del erudito canónigo a la Santísima Virgen y su sólida formación. El folleto va acompañado de fotografías y está pulcramente editado; no obstante la atención con que lo hemos leído, sólo hemos podido anotar un error de imprenta: la fecha de construcción de la actual iglesia de Cillas, que no fue edificada en 1774, sino en 1747.—José Luis Cortés.

BELTRÁN, PÍO: *Los textos ibéricos de Liria*. Valencia, 1953. 153 págs.

A los que hemos seguido con atención el magisterio verbal o las manifestaciones escritas o epistolares, desgraciadamente poco frecuentes, del profesor Pío Beltrán, la presente monografía nos ha producido una viva y extraordinaria emoción. Aunque

redactada a fines de 1954 y publicada por la «Revista Valenciana de Filología» con la fecha de 1953, no habrá salido a la luz pública hasta estos últimos meses, en que ha llegado a nuestras manos. Todos los que se interesan por el mundo apasionante de los iberos y por sus posibles relaciones lingüísticas con los vascos, no podrán olvidar desde ahora las enseñanzas, las prolongadas experiencias y los sorprendentes hallazgos comprendidos en los dieciséis capítulos de esta obra, de contenido mucho más amplio de lo que parecen acusar los límites de su título.

Los cuatro primeros apartados forman, en realidad, un preámbulo necesario, perfectamente construido, de toda la laboriosa investigación realizada hasta hoy, no sólo sobre los textos de Liria, sino sobre todas las cuestiones que suscitan la lectura y la interpretación de las inscripciones ibéricas y de la lengua transmitida por ellos. Su resumen de los estudios realizados sobre la «lengua primitiva» de España debe de ser exhaustivo, así como su exposición de los métodos seguidos para la lectura de los signos del alfabeto ibérico, hasta la definitiva solución según el ingenioso procedimiento de M. Gómez Moreno. Frente a los que siguen firmes en su creencia de que es imposible interpretar, mediante el idioma vasco, un solo texto ibérico, la posición de Pío Beltrán es de todos conocida. Nadie, por obsesionado que esté con estas realidades, puede afirmar—confiesa él mismo—que el vasco actual sea el ibero antiguo; pero oponerse sistemáticamente a todo parentesco entre ambos idiomas es sin duda otra obsesión. Por mi parte, me parece extraño, a este respecto, que nadie haya intentado, que yo sepa, relacionar el discutido problema con la teoría de la primitiva unidad lingüística mediterránea, formulada, desde diversos puntos de vista, por tres eminentes lingüistas tan distintos como el italiano Trombetti, el yugoslavo Ostir y el ruso Marr, y sintetizada bellamente por G. Devoto en su *Storia della lingua di Roma*. Situados en esta zona lingüística, el parentesco, quizá la hermandad, entre el ibero y el vasco, única lengua occidental superviviente de aquella supuesta unidad, parecería evidente; se extinguirían quizá las discusiones o quedarían reducidas a sus justos límites y la hipótesis de Pío Beltrán, compartida por otros, se vería fuertemente robustecida. No hago sino referirme a una posibilidad, de incalculables resultados. ¿Por qué no la afronta algún lingüista solvente?

A partir del capítulo quinto, Pío Beltrán empieza a estudiar los textos de Liria y compendia, previamente, la historia de sus descubrimientos, que se abre en 1932. Da igualmente un resumen razonado de la bibliografía léxica y gramatical vasca más importante para realizar los cotejos, cuando éstos sean posibles, entre el ibero y el vascuence. No todos los textos que estudia pertenecen a Liria: de aquí, la ancha perspectiva que abre a nuestra vista. Aspectos muy notables de su trabajo son las explicaciones del sufijo *-ken* (*-scen*, *-skén* «de los ciudadanos de») y del elemento, tan frecuente, *ban* («un, una, uno»). Insiste largamente en su ya famosa interpretación, mediante el vasco, de la inscripción *gudua deitzdea* («llamada o grito de combate»), origen de una vasta polémica, en la cual han intervenido, entre otros, García Bellido, Caro Baroja, J. de Urquijo, Tovar, H. Gavel y S. de Altube, sin que se haya logrado destruir la base de la traducción dada por Beltrán. Otras palabras que aquí, por vez primera, el autor intenta explicar sirviéndose del vasco son *ereitzgoldetu* y *duidui*. Los últimos capítulos están dedicados al llamado «vaso de los letreros», al examen del frecuente elemento ibérico *ildir/ildirte* (que sirvió para formar el nombre ibérico de la ciudad de *Ildirda*=*Ilerda* «Lérida») y al hallazgo del nombre de *Edeta* (= *Leiria* «Liria») en fragmentos de vasos del cerro de san Miguel. Después de unas líneas finales sobre el yacimiento, Pío Beltrán cierra con dieciocho páginas de bibliografía su sustanciosa obra, que despertará una indudable resonancia en los ámbitos lingüísticos consagrados al conocimiento del antiguo Mediterráneo y de la España preindoeuropea.—*Miguel Dolç*.

DOLÇ, MIQUEL: *P. Virgili Maró. Bucòliques. Text revisat i traducció.* Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1956. 288 págs.

Un resonante triunfo acaba de obtener el viejo padre de la poesía latina con este volumen del doctor Miguel Dolç, catedrático de la Universidad de Sevilla, que ha fijado el texto crítico y ha dado una traducción correctísima de las *Bucólicas*. Precede al texto y a la traducción un enjundioso trabajo de más de un centenar de páginas, maravillosa síntesis, en la cual se pasa revista, siempre con el más severo rigor científico, a la figura del poeta, su vida, tradiciones y leyendas, supervivencia y triunfo de su personalidad, tradición manuscrita de sus obras, ediciones, traducciones y estudios. Por lo que concierne concretamente a las *Bucólicas*, analiza, en acertado resumen de análisis anteriores, el origen, composición y arte de esta obra, influencias de Teócrito en Virgilio, diferencias entre el idilio teocritiano y la bucólica virgiliana—de la cual parece ser auténtico fundador nuestro poeta y no sólo de la bucólica, sino incluso de la concepción de la Arcadia sobre la cual, en múltiples formas, han alentado los siglos posteriores. Estudia, en consecuencia, la originalidad de Virgilio, no siempre acatada en el decurso del tiempo, aunque sí, al parecer, definitivamente triunfadora por encima de diatribas y teorías; el realismo y alegoría de las *Bucólicas*, datos cronológicos sobre sus diversas composiciones, unidad arquitectural y sentido nacional de las mismas. En unas páginas finales, y en un verdadero alarde de erudición, nos ofrece una reseña bibliográfica en la que se estudian los manuscritos y ediciones de las *Bucólicas*, las traducciones y los estudios llevados a cabo en torno a la dos veces milenaria figura de Virgilio.

Magnífico estudio el de este poeta de Mantua, cuya figura pasa ante nosotros iluminada por las palabras cálidas, y al propio tiempo de una rigidez científica que asombra, con que el profesor Dolç nos la presenta: ya envuelta en el halo prodigioso de sus múltiples leyendas, ya al desnudo con arreglo a todo posible documento coetáneo. A través de las mismas trabamos conocimiento y simpatía con ese joven campesino que ama y adora sus natales montañas de la Cisalpina, cuyos ensueños se funden, a pesar de su esmerada educación social e intelectual, en el ideal de una vida rústica y pastoril, de la quietud y reposo campestre, pero de un campo refinado por el arte de la jardinería a que había llegado la madurez de la civilización romana que, harta en cierto sentido de la blandura y decadencia de su progreso material, parecía buscar una evasión espiritual en la vida sencilla de la naturaleza, cuya encarnación representaron el mismo Virgilio y los propios Tibulo y Catulo.

Si de este magistral estudio pasamos a la lectura de las traducciones que acompañan el texto latino de cada una de las diez bucólicas virgilianas y nos detenemos a cotejar dichos textos con las traducciones, quedaremos aún más admirados del acierto que ha coronado esta empresa. No se sabe, en efecto, qué admirar más, si la justeza interpretativa de la frase, siempre presidida por un alto sentido de contención y elegancia, o si la vivacidad y el destello del vocablo, el nítido relampagueo del giro o el modismo, que dan un certero logro, no sólo científico, sino incluso artístico, a esta notable labor de quien sabemos consumado humanista, que une a su pluma el entrañable latido y el fecundo aliento del mejor heredero de la poesía mallorquina. Algo así como un parentesco material y espiritual se nos antoja descubrir, al cabo de dos milenios, entre el maestro de Mantua y su traductor mallorquín, cuyos rasgos se funden en detalles comunes: cierta timidez velada por una expresión de indecible ternura y melancolía, ausencia de toda malicia mundana, amor al orden y brillo de las ideas y pensamientos y, en fin, otras muchas cualidades que, unidas entre sí, llegan a formar como un denominador común que en cierto sentido ha presidido de antiguo los grandes valores

de la inspiración lírica y ha sido como una sombra tutelar velando los destinos siempre gloriosos de la poesía mallorquina: destinos que ciertamente no desdeñaría presidir la sombra augusta de Virgilio, ahora nuevamente recreada y rejuvenecida por el prestigio literario y científico de Miguel Dolç.—*Miguel Gayà*.

ARTICULOS

DOLÇ, MIQUEL: *El color en la poesia de Miquel Costa i Llobera*. «Estudis Romànics», IV págs. 1-94.

El profesor M. Dolç, que con tantos merecimientos ocupa un lugar de preeminencia en la Universidad y en nuestras letras, fue galardonado con el premio A. Bonay por el Institut d'Estudis Catalans en el concurso del centenario de Costa y Alcover. Ahora acaba de ser publicado su estudio. No son frecuentes, en las letras catalanas, los estudios como éste que nos ocupa. La Estilística es una ciencia, relativamente, muy joven. Dámaso Alonso—por mí tan entrañablemente admirado—le ha dado un impulso vigoroso y ha despertado vocaciones, cuyos frutos van madurando. El estudio del doctor Dolç, de intención limitada en el campo de enfoque, es una aportación admirable. Creo que podrá servir de pauta para trabajos análogos que yo desearía fueran cada día más numerosos.

El color en la poesia de Miquel Costa i Llobera es, entre nosotros, único en su modalidad. Como declara el propio Dolç, tuvo presente el ejemplo de la obra de J. André, sobre los colores en la lengua latina. El rigor científico, las aportaciones estadísticas, el ceñirse a la objetividad de los textos estudiados, son de una pureza garantizada por el solo nombre del autor. A mí, particularmente, me interesa este trabajo por cuanto viene a comprobar lo que mi intuición de lector—un simple lector cualquiera—me hacía adivinar. En algunas ocasiones me he detenido a pensar qué color podría simbolizar a un poeta determinado; de qué color es su poesía. Cuando intuitivamente se me aparecía, junta, la obra de Costa—tan rica en aspectos—, no la veía colorada con una luz simple, sino que se me presentaba blanca y corpórea como un mármol luciente, pulimentado para las yemas de mayor finura. Un mármol blanco sobre el cielo y el mar mediterráneos. La poesía de M. Costa, la veía, y la veo aún, blanca, nítida, cándida—admitiendo las distinciones que hace Dolç sobre estos matices—como el mármol, con la perennidad del mármol, impasible contra los elementos adversos, sin sangre en su veteado, que la pasión y la sangre son efímeras, pero añorando un poco la pasión y la sangre votadas a la muerte.

El presente estudio confirma mi impresión. De él puede deducirse que los colores en la poesía de Costa y Llobera dan, al menos simbólicamente, el color de su misma poesía. En la estadística cromática que nos ofrece este estudio se registran 473 usos de color concretos. «Proporción considerable, dice M. Dolç, si la comparamos, por ejemplo, con los 316 usos de la *Eneida* de Virgilio, con los 113 de Lucano, con los 140 aproximadamente de la *Chanson de Roland* o con la pobreza colorística (unos 23 usos) del *Poema del Cid*». De este número de colores, el que predomina es el blanco, con un 21,3 por 100. Los matices del «bru»—variedades del sombra y el oscuro—importan el 17,2 por 100; el azul, el 14,9 por 100. Después vienen el negro, el amarillo, el rojo, el verde, el gris y el morado en proporciones más bajas.

Con estos porcentajes no creo que sea completamente gratuita la comparación de la poesía de M. Costa—blancos, grises y azules—con los mármoles clásicos. Mármoles nobles, besados por la luz, no «còpies de guix de pseudo-classicisme acadèmic». Yo quisiera insistir sobre el simbolismo tradicional de los colores—que Dolç estudia detalladamente—y principalmente sobre la aplicación de los términos cromáticos, la parte más interesante, desde el punto de vista literario, de este trabajo. No puedo hacerlo. Sirvan estas líneas únicamente para llamar la atención a los devotos de M. Costa sobre esta importante monografía del admirado y querido Miguel Dolç.—B. Vidal y Tomàs.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Las diócesis navarro-aragonesas durante los siglos IX y X*. «Pirineos», año X (1954), págs. 179-199.

Con ocasión de sus estudios sobre Navarra y Aragón antes del año 1000, Ubieta Arteta ha repasado concienzudamente la documentación de la época, examinando la autenticidad de los diplomas, rectificando fechas y aclarando interesantes aspectos, entre ellos, varios problemas relativos a las diócesis navarro-aragonesas.

El escaso espacio de que podemos disponer nos impide examinar detenidamente las tesis, ciertamente sugestivas, de este gran investigador que es Ubieta Arteta. Siguiendo a dom. Lambert, realza la importancia del monasterio de Siresa, admitiendo su identificación con el de San Zacarías, defendida ya por los historiadores aragoneses de los siglos XVI y XVII, y supone que el obispo de Pamplona ejercería su jurisdicción sobre todo el territorio aragonés. Esta hipótesis me parece muy acertada y explica las disputas entre los obispos de Aragón y Pamplona. Ahora bien, ¿cuándo nace, pues, el obispado aragonés de Sasabe? Ubieta sospecha que surgiría después de la reconquista de la merindad de Estella y de parte de Rioja, a principios del siglo X. La diócesis pamplonesa, demasiado extensa, se fraccionaría, dando lugar al nacimiento de los obispados de Nájera, Tobía y Sasabe.

Esta tesis la ve confirmada por la nómina de obispos del código medianense o de Roda. ¡Lástima que este texto aparezca mutilado y pueda ser objeto de diversas interpretaciones! De todas formas, la tesis sustentada por el autor es de gran importancia para la historia eclesiástica aragonesa y esperamos que en sucesivos estudios, Ubieta Arteta volverá sobre ella, aclarando algunos puntos oscuros y demostrando la imposibilidad de que el texto rotense pueda ser interpretado de otra forma, por ejemplo, que los obispos mencionados no fueran consagrados por Galindo, sino que éste fuese consagrado por ellos, lo que cambiaría el sentido del texto.

El trabajo va acompañado de un mapa y, como decimos, ilumina con nueva luz el problema del origen de la diócesis de Aragón, demostrando la sagacidad y pericia del autor.—Federico Balaguer.

LAHOVARY, NICOLAS: *Contribution à l'histoire linguistique ancienne de la région balkano-danubienne et à la constitution de la langue roumaine. Les éléments pré-Indo-Européens*. «Vox Romanica» (Zurich), 1955, 1956, 109-136, 310-346.

Desde hace unos treinta años, los estudios sobre el estado lingüístico de la Europa meridional antes de la expansión indoeuropea—latín y griego—han ampliado nuestro conocimiento del substrato lingüístico de esta franja de nuestro continente con incesantes hallazgos y vivas sorpresas. La antigua toponimia es la principal fuente de trabajo para el estudio de estas lenguas, cuyo único testimonio europeo es el vasco y cuyo

parentesco gramatical y léxico debe ser buscado en el etrusco, en las lenguas paleocau-cásicas, en las hamíticas de África y Mesopotamia, en las semíticas, en el dravidiano y quizá en el ibero. A este amplio terreno lingüístico ha consagrado N. Lahovary largos años de constante labor, cada día más inteligente y fructífera. El presente estudio se ciñe a la búsqueda de los elementos preindoeuropeos, de carácter «mediterráneo», que sobreviven en la península balcánica, especialmente en el rumano y el albanés.

El tema, aunque no lo parezca a primera vista, reviste extraordinaria importancia para la lingüística hispana, principalmente por lo que afecta a la primera parte del estudio, dedicado a la fonética, al sistema verbal, a la gramática y a la estructura de la frase. Tanto el albanés como el rumano presentan fenómenos que singularizan estas lenguas dentro y fuera del campo románico; muchos de ellos, se repiten, en cambio, en el vasco y en el castellano, como también en hablas semíticas, en el dravidiano y otras lenguas de la misma familia. Estas concordias habían sido ya observadas antes, pero sólo Lahovary ha dado ahora la clave del fenómeno, atribuyéndolo a influencias del substrato camítico o ibérico, de raíz «mediterránea» y prelatina. La doctrina del sabio lingüista —en la que no faltan frecuentes incursiones, realmente sugestivas, hacia los dominios de la toponimia comparada— está expuesta con evidente claridad y acopio de detalles, aunque su intención haya sido sólo la de ofrecernos una investigación preliminar, capaz de incitar al estudioso a explorar este campo que aún queda por descubrir. No podemos señalar aquí con mención especial cada uno de sus méritos. Queremos sólo dar el debido relieve al conjunto de un trabajo que puede proporcionar profundas enseñanzas a la filología española.

La segunda parte del artículo está formado por una lista de términos no indoeuropeos del rumano, de fondo autóctono, o bien transmitidos por una lengua intermedia. El vocabulario, sin que pretenda ser exhaustivo, comprende 117 nombres. No pocos términos, que en los mejores diccionarios etimológicos del latín y del griego aparecen como «de origen oscuro o poco seguro», tienen aquí una explicación lógica. La lista, de carácter comparativo, da las equivalencias en las diversas lenguas preindoeuropeas conocidas, de España a la India. El vasco aparece a menudo, junto a otras lenguas hispánicas, en la ilustración y robustecimiento de un vocabulario que presenta, sin lugar a dudas, gran importancia dentro de una ancha perspectiva lingüística librada de la inmersión indoeuropea.—*Miguel Dolç.*